

# RÍOS SECOS



Barbos muertos tras quedarse sin agua en el río Baias.  
Foto: Ramiro Asensio

**Cada vez es más frecuente ver cauces secos donde, en otras épocas del año, corren los ríos. Lo más fácil es culpar a la climatología, especialmente calurosa y seca este año, pero una buena parte de culpa la tenemos nosotros, los humanos, por nuestra egocéntrica utilización del agua.**

El espectacular estado de la mayor parte de los ríos alaveses durante este verano (si es que en esas condiciones se les puede seguir denominando “ríos”), con kilómetros y kilómetros de cauces completamente secos en los casos más extremos, o salpicados de pocitas aisladas entre las cuales no corría ni una gota de agua en otros casos, ha ocupado páginas de periódicos e incluso minutos de radio y televisión, y ha sido el centro de los comentarios de muchos de nosotros.

En algunos lugares concretos, como la cuenca media del Baias, los más antiguos del lugar comentan que nunca habían conocido los cauces tan vacíos: ¡hasta la presa de Tetxa estaba completamente seca y había tramos en Bitoriano en los que se podía andar más de medio kilómetro por el centro del cauce sin ver el agua!. Desde luego son imágenes para no olvidar.

Pero las olvidaremos, seguro que sí. Ahora, a primeros de Septiembre que es cuando estoy escribiendo estas líneas, parece que, ¡por fin!, ha empezado a llover en condiciones, aunque todavía habrán de pasar varias jornadas lluviosas para que los acuíferos se carguen de nuevo, y cuando eso suceda y los ríos vuelvan a merecer ese nombre, a la inmensa mayoría se nos olvidarán las imágenes contempladas este verano, y sólo las recordaremos el próximo, cuando los ríos vuelvan a mostrar su esqueleto de piedra.

## **Floja memoria**

Y es que tenemos la mala costumbre de acordarnos de Santa Bárbara solamente cuando truena, pero el problema de la escasez de agua en nuestros ríos durante el período estival es recurrente, ocurre un

año sí y el otro también, aunque la climatología lo agrave especialmente en algunas ocasiones hasta elevarlo al rango de noticia de interés general.

Es cierto que este verano de 2003 ha sido especialmente seco y caluroso, pero esa no es la única causa (ni siquiera la más importante) de que varios ríos de Álava se hayan secado completamente. La explicación hay que buscarla en el mal uso, o mejor dicho en el abuso, que nuestra especie está haciendo de las reservas de agua dulce, y ese abuso se fundamenta en una visión homocéntrica del planeta Tierra, dentro de la cual se “*justifican*” multitud de atropellos a la Naturaleza con el simple argumento de un supuesto “*beneficio para la humanidad*” que no siempre es cierto.

Está claro que necesitamos el agua para vivir y para desarrollarnos como sociedad, pero no somos los únicos seres que dependemos del líquido elemento, y eso es algo que deberíamos tener presente a la hora de planificar la explotación del recurso agua. Una correcta planificación, diseñada teniendo en cuenta el volumen total disponible en cada época del año y los requerimientos mínimos para el mantenimiento de hábitats y especies, nos permitirá usar el agua para nuestro propio beneficio sin que, por ello, la Naturaleza tenga que verse seriamente dañada. Esto es lo que se llama “desarrollo sostenible” o “aprovechamiento sostenible de los recursos naturales”, y es el tipo de política de desarrollo hacia el que tendremos que encaminarnos, urgentemente, si no queremos ver la Tierra convertida en un montón de gente rodeada de hormigón, invernaderos y pabellones de engorde de ganado, y nada más.

### **Uso, no abuso**

Lo del desarrollo sostenible no es tan complicado. En esencia consiste en mantener, en todo momento, un considerable respeto por la Naturaleza, dentro de la cual nos tenemos que considerar a nosotros mismos y a nuestros descendientes como parte integrante, y no creernos inmunes al deterioro medioambiental, porque eso será lo que acabe con nosotros como especie (siempre y cuando no nos extingamos directamente nosotros mismos en algún conflicto bélico, claro está).



Imagen del río  
Baías tomada en  
Zuazo de  
Kuartango el  
21/08/2003.  
Ramiro Asensio

Centrándonos en el tema del agua dulce y de los ríos, no se trata de dejar de sacar agua radicalmente, sino de ajustar las extracciones a lo que el medio pueda soportar sin sufrir graves consecuencias, y de marcarnos prioridades y usos prescindibles e imprescindibles cuando el agua escasea. Es decir, tenemos que apartar definitivamente de nuestra cabeza la idea de que el único límite a la hora de extraer agua de un río es el propio caudal que lleve, y que podemos sacar todo el agua de la que seamos capaces, aunque llegemos a secar el cauce (no se crean que esto es una perogrullada; aún hay mucha gente que no ve en ríos y embalses nada más que canales y depósitos de agua).

Se deben fijar, en cada caso, los límites máximos al aprovechamiento, de manera que el ecosistema fluvial no vea impedida su supervivencia. Además, esos límites no deben ser determinados únicamente en términos de volumen absoluto, sino que se debe tener en cuenta la época del año y la situación ambiental en cada momento, así como evitar que coincidan en el tiempo todas las concesiones de extracción de agua.

En períodos de sequía extrema, cuando la supervivencia de peces y demás habitantes del medio fluvial está más amenazada, es precisamente cuando menos justificadas están las extracciones del escaso caudal que queda en los ríos, pues suelen suponer la puntilla que acaba definitivamente con todo vestigio de vida. Lamentablemente, es justo en esas épocas estivales cuando aumenta nuestra demanda de agua en ambientes rurales, tanto para riego agrícola como para consumo humano (algunas poblaciones multiplican por diez o más el número de habitantes en verano), pero debemos empezar a asumir que en determinadas zonas los únicos cultivos viables deben ser los de secano, porque no se dispone del agua necesaria para mantener un regadío sin afectar gravemente al medio ambiente, o que en otras zonas no se pueden recalificar terrenos a urbanizables ilimitadamente, o conceder todas las licencias de construcción de nuevas urbanizaciones de chalets que se soliciten, si no se cuenta previamente con un abastecimiento de agua suficiente.

Y no vale fomentar el incremento desmesurado de la demanda de agua para, inmediatamente, reclamar a instancias superiores (con fondos económicos aportados por todos los contribuyentes) la creación de un nuevo embalse o de trasvases de agua desde otras cuencas. Antes de nada se debe cuantificar el incremento previsto de las necesidades de agua para el desarrollo (urbanístico o agrícola) que se pretende, y en base a ese cálculo proyectar las mejoras de suministro pertinentes, con Estudio de Impacto Ambiental (EIA) incluido. Por muchos intereses que existan (intereses generalmente privados, que lo del supuesto “*interés general*” de las obras de almacenaje y regulación hidráulica no es sino una excusa anclada en épocas pasadas), si el resultado del EIA indica que el deterioro medioambiental que se originará con las obras de mejora del suministro de agua es inaceptable, se deberá desechar el proyecto.



El conocido “pozo de Tetxa”, cercano a Subijana-Morillas, se secó completamente.  
Ramiro Asensio

### **Riegos regulados**

Con respecto al uso agrícola del agua para riego se debe proponer un aprovechamiento sostenido muy similar. Lo primero será elegir el tipo de cultivo (secano o regadío) y la especie a cultivar en función de la disponibilidad de agua, pues no parece tener mucho sentido plantar remolachas en una zona en la que el agua escasee gravemente de manera natural.

Y aquí tampoco se debe aceptar sin más esa política antinatural, desgraciadamente muy de moda, que pretende convertir todo terreno cultivable en explotación agrícola de regadío, sin tener en cuenta los costes ambientales que esa radical transformación supone. En este caso también habría mucho que discutir sobre el supuesto “*interés general*” de esas transformaciones, pues después de muchos años convirtiendo miles de hectáreas de secano en regadío, con un desembolso económico en infraestructuras elevadísimo (soportado en su mayor parte por el presupuesto público, es decir, por el dinero de nuestros impuestos), los ciudadanos que viven de la agricultura cada vez son menos (prácticamente los únicos puestos de trabajo que se crean son los necesarios para la construcción de presas y canales, y son de carácter temporal) y no parece que hayan visto muy mejorada su calidad de vida, y el resto de la población no es capaz de detectar ningún cambio apreciable como consecuencia de la conversión de secano en regadío, salvo que ahora, una buena parte del agua disponible está en los cultivos en lugar de en los ríos.

Por otra parte, muchas veces el problema no está en el volumen diario de agua que se saca de un río, que puede ser perfectamente asumible por el ecosistema fluvial, sino en que toda esa extracción se

concentra en unas pocas horas, y es suficiente un breve período de horas, o incluso minutos, con el cauce seco o casi seco, para que buena parte de los organismos que habitan en ese tramo mueran. Por esto es necesario planificar los riegos para cada cuenca hidrográfica, de tal manera que se distribuyan los turnos de riego mediante la confección de calendarios y horarios (a ser posible de manera consensuada entre los diferentes usuarios del agua), y de esta manera evitar que el caudal instantáneo extraído supere la capacidad suministradora del río.

### **Aguas subterráneas**

Otro tipo de aprovechamiento hídrico que no debe ser olvidado, y al que también es necesario poner límites, es la extracción de agua subterránea. La explotación de los acuíferos suele presentarse, interesadamente, como una alternativa a la detración de aguas superficiales, cuando este segundo tipo de aprovechamiento se topa con la oposición de una sociedad cada vez más concienciada con la conservación de los ecosistemas acuáticos naturales, pero no conviene olvidar que ambos recursos son uno solo.

El agua subterránea y la superficial constituyen una única entidad, y los impactos que sufra cualquiera de ellas terminarán por afectar también a la otra. Todo el mundo sabe que, de un iceberg, sólo se ve aflorar su famosa punta por encima de la superficie del mar, quedando al margen de nuestras miradas la mayor parte del enorme bloque de hielo, pero también sabe que todo el agua helada forma una única unidad. En el caso del agua continental se puede utilizar el ejemplo del iceberg para explicar que el agua que fluye por la superficie de la tierra (los ríos y lagos) no es más que la parte del acuífero que nosotros podemos ver, la que fluye más rápidamente porque no tiene que discurrir entre partículas de tierra y roca que la frenen, pero que en realidad es el mismo agua.



La presa de Tetxa sin una gota de agua.  
Ramiro Asensio

Es bien sabido que cuando se extrae agua subterránea en exceso, el nivel de las aguas superficiales cercanas desciende sensiblemente (uno de los ejemplos más citados para demostrar esto lo constituyen las Tablas de Daimiel, en la provincia española de Ciudad Real, donde el área de terrenos encharcables, de gran riqueza faunística, se ha visto gravemente reducida por la excavación de multitud de pozos para extraer agua), y también se sabe que el exceso de pesticidas y fertilizantes que se usan en la agricultura acaba llegando a los ecosistemas

dulceacuícolas, en parte directamente por la superficie del terreno arrastrado por las lluvias, pero otra parte pasa a las aguas subterráneas y, desde estas, puede volver a aflorar a las superficiales.

### **Un mensaje de esperanza**

Los ecosistemas acuícolas continentales (ríos, lagos, humedales) constituyen, muy probablemente, el tipo de hábitat más atacado y degradado en los últimos siglos, y en muchos casos los impactos provocados por nuestra especie son irreversibles, pero debemos mantener una puerta abierta a la esperanza.

Todavía estamos a tiempo de preservar los escasos reductos dulceacuícolas bien conservados que nos quedan, y podemos mejorar mucho los degradados. La Naturaleza es muy agradecida, y a poco que dejemos de pisotearla es capaz de mostrarnos su enorme capacidad de recuperación (en los ríos contaminados esto es especialmente cierto: basta terminar con los vertidos para comprobar, no mucho tiempo después, cómo la vida vuelve a florecer).

Pero todas estas esperanzas dependen de que seamos capaces de dejar de ver “*un montón de agua que se pierde en el mar*“ cuando miramos un río. Cuando todos estemos de acuerdo en dejar de pagar un enorme costo ambiental, causado por la falta de planificación en la explotación de los recursos, y por la falta de respeto hacia la Naturaleza de la que formamos parte, habremos ganado la batalla. Lo deseable sería que ese hipotético acuerdo fuera unánime y voluntario, pero si algunos se negaran injustificadamente a modificar sus hábitos (recuerdo que no se trata de dejar de regar o de extraer agua, sino de hacerlo donde y cuando se pueda, de manera ordenada), quizás el resto deberíamos plantearnos seleccionar los productos que consumiremos, teniendo en cuenta los daños ambientales que unos u otros productores han causado para obtenerlos.

**Ramiro Asensio (Biólogo de la Federación Territorial de Pesca de Álava)**

(publicado en el suplemento *Campo* de *El Periódico de Álava* el 25 de septiembre de 2003)

© Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento expreso del autor (info@ftpa.es)